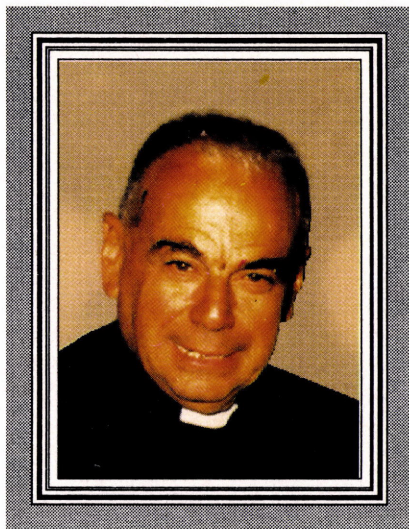


INSPECTORIA SAN FRANCISCO JAVIER

Vieytes 150 - (8000) Bahía Blanca (Argentina)



JAIME FRANCISCO DE NEVARES

(1915 - 1995)

Salesiano de Don Bosco y primer Obispo de Neuquén
1961 - 1991

«Tata Dios nos pide coraje. Que no nos achiquemos. Tenemos una doctrina que practicar, que predicar y que vivir. Sean santos como Dios espera que lo seamos: en la vida cotidiana; nada extraordinario; pero, sí lo extraordinario de vivir hasta en los detalles de la doctrina del Amor».

Este fue el último mensaje del obispo de Neuquén Don Jaime De Nevares, grabado unos días antes de morir -el 19 de mayo de 1995- y escuchado en un enorme silencio el día de su entierro. Un mensaje que atravesó más de quince mil corazones como un viento agitado por el Espíritu de Dios. La voz respirada y casi asmática de Don Jaime sonó como un saludo pascual. *«Y que la bendición de Tata Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre todos ustedes. Amén»*
El "¡no nos achiquemos!" de Don Jaime era el eco del "¡no teman!" tantas veces repetido por Cristo a sus discípulos.

¡” Este cura pituquito”!

“¿ Y a este cura pituquito mandan para primer Obispo de la provincia de Neuquén?” Así exclamaba la periodista Olga Lione, cuando en 1961 llegaba a Neuquén Don Jaime como obispo. Se lo comentaba años después ella misma a monseñor. Y hoy nos sigue confiando: *“observando su blanco cutis delicado y sus manos, y pensando -sin decirlo- que además era un DE NEVARES dentro de la distinguida sociedad argentina, nos dijimos: y a este cura pituquito...”* Don Jaime había nacido en el barrio de Retiro, de la Capital Federal, un 29 de enero de 1915, en una familia de rancia estirpe criolla, que se remontaba a los comienzos de nuestra nacionalidad. Su tatarabuelo fue el que tocó las campanas de Santo Domingo anunciando que venían los ingleses. Y su abuelo materno, Alberto Casares fue intendente de Buenos Aires. ¿Y su padre? Su padre, Jaime Francisco de Nevares, abogado, compartía un prestigioso estudio jurídico en pleno centro capitalino. Su madre, Doña Isabel Casares, era una apreciadísima dama por su caridad social, especialmente en pro de las misiones salesianas patagónicas.

Jaime tenía 5 años cuando perdió al papá. Viajó por entonces con su madre a Francia, donde comienza la escuela primaria,. Vuelve a Buenos Aires, donde continúa los estudios en el Colegio Champagnat hasta recibirse de bachiller con medalla de oro. Mientras los chicos de su “clase social” iban y venían al Champagnat en coche y con chofer privado, Jaime se hacía “a pata” -como decía él- de casa al colegio, del colegio a casa por la mañana; de casa al colegio del colegio a casa por la tarde. En total más de cuarenta cuadras diarias. ¡Estamos en la escuela de mamá Isabel! ¡Nada de melindres! ¡Nada de “clases”! ¡Nada de algodones! ¡Nada de discriminaciones! ¡Una vida evangélicamente espartana!

En este tiempo Jaime comienza a actuar como “vicentino” en favor de los pobres, dedicándose a ellos, visitándolos, pero, sin dar limosna. Estaba con ellos horas y horas y los trataba con exquisito espíritu evangélico. Esta vivencia del pobre marcó a fuego su corazón de futuro pastor, recordará Don Jaime más de una vez.

Don Jaime abogado

A los 23 años, ya abogado -se había recibido en la Universidad de Buenos Aires- comenzó a ejercer su profesión en forma tan brillante como brillante fue su carrera. Pero, ya había sido seducido por el Amor de Cristo. Así que gran parte de su tiempo lo dedicaba a la ‘**CASA DEL CANILLITA**’, esos niños que le habrían de regalar- ya hombres- el anillo episcopal al flamante Obispo Jaime. Los llevaba en el alma. No por nada la Imagen de la Virgen María, cuyas manos sostenían las de dos canillitas, lo acompañó toda su vida. Pero, esa tierra “pobre”, betlemita, “canillita” ya se estaba agrietando por el germen de su vocación sacerdotal.

Así es que Don Jaime comienza a “conversar” con el padre Luis Pedemonte sdb, que en los años 40 era Director del Hogar de Húrfanos (Capital).

¿De qué conversaban? Don Jaime estaba dando la curva -como dijo una vez él- que lo pondría sobre la recta de su vida: la vida religiosa y sacerdotal.

Conversaban justamente sobre cómo tomar bien la curva, para dar con la verdadera recta. Hasta que el viraje se dio. Fue en 1943. Tenía 27 años. El Estudio Jurídico quedó atrás como un estación de paso hacia la meta, que lo devoraba. Y después de encontrarse ante las flechas de un bivio: ¿benedictino o salesiano?, enfiló hacia la flecha que señalaba “Don Bosco”.

Don Jaime salesiano

A fines de 1943 -con 27 años- llega al seminario de Fortín Mercedes, que estaba junto al Río Colorado (Buenos Aires). Jaime es un joven delgado, deportista, veloz, de un superlativo estado atlético, caminaba leguas y leguas sin el menor cansancio, se zambullía en el temible Río Colorado, salía hecho una sopa, seguía caminando fresco como una lechuga (no le quedaba más remedio, porque en aquellos tiempos los vestuarios eran tipo caracol, se llevaban encima), excelente jinete montaba los caballos más chúcaros, corría y jugaba en los patios como un chico más, porque Don Jaime (así lo llamábamos sus compañeros seminaristas de 12/24 años) no bien llegó se “inculturó” en menos de 24 horas, como le dirá el padre O. Barreto al recordar su inserción en Neuquén: “*Monseñor Usted se mimetizó*”. Alegre -y hasta travieso- era como un viento nuevo que soplabla en ese Fortín Mercedes, pequeña ciudad salesiana.

En ese mismo 1944 comienza a estudiar latín y se desempeña como maestro de cuarto grado.

En 1945 está ya en el Noviciado. En 1946 se consagra a Dios en una vida pobre, casta y obediente, al servicio de los jóvenes pobres. En los años 1946 y 1947 prosigue con mayor intensidad su formación apostólica salesiana. Todo vivido con un ritmo vibrante, fervoroso, alegre, entregado (la entrega sin recortes ha sido su rasgo inconfundible y característico). Así Don Jaime avanzaba humilde y sencillo, cascabeleado por su espléndida personalidad. Llega así a la última etapa de formación: los 4 años de Teología, cursada en el “Instituto Internacional Salesiano de Teología” de Córdoba, para recibir, al final de ellos, la consagración sacerdotal, el 25 de noviembre de 1951.

Don Jaime sacerdote

En el lema que Don Jaime eligió para su vida sacerdotal resplandece todo lo que fue y será su existencia humana-cristiana-salesiana-sacerdotal ¡y también

episcopal!, porque al llegar a Obispo lo volvera a elegir **“Charitas Christi urget nos”**. O sea: **“EL AMOR DE CRISTO NOS APREMIA** (2a Corintios, 5, 14.).

Y comienza su década sacerdotal que fluye como un río cordillerano. Vuelve a arrancar de Fortín Mercedes, para ir, luego, al Colegio Don Bosco de Bahía Blanca, como director espiritual, pasa, después, como director de la Escuela de Artes y Oficios de La Piedad (Bahía Blanca), es enviado en 1957 como director del Colegio Don Bosco, lo nombran en 1960 director del Estudiantado Filosófico Salesiano de Viedma. Don Jaime era “ídolo” (lo fue siempre, más allá de sus intenciones). Años de gran espíritu de familia, de una alegría galopada, de aventuras, de pegatinas, de macarrónicos teatros en los pueblos, de santidad y evangelio al alcance de todos, y también de cárcel (en 1955 junto con los curas de Bahía Blanca y su Arzobispo, monseñor Germiniano Esorto, después del abortado golpe de junio).

Pero, héte aquí, que en el torbellino de un partido de fútbol con los seminaristas, remolinos de sotanas y alpargatas dentro de una nube de tierra, donde de vez en cuando también se le daba a la pelota, le cayó a Don Jaime el telegrama del Nuncio Apostólico, dándole la noticia de que Juan XXIII lo había elegido Obispo de Neuquén. Este curita, que mantenía a sus 45 años un estado físico envidiable, se quedó sin colores y sin resuello, y se agarró de alguien para no desplomarse.

Don Jaime Obispo

El 20 de agosto de 1961 es consagrado Obispo en la Basílica de María Auxiliadora de Buenos Aires y vuelve a elegir con mayor convicción, como lema episcopal, el que era su lema sacerdotal: **“EL AMOR DE CRISTO NOS APREMIA”**. De aquí arrancan esos 30 entregados años de Pastor de la Iglesia de Neuquén.

En Neuquén todo estaba por hacerse. *“Ante todo el Obispo!”*, añadía infaltablemente Don Jaime. Ya desde la fotografía de rúbrica: un Obispo le tuvo que prestar los “ornamentos”. “Me veía enjaezado como mula de procesión”, comentaba Don Jaime. Así parecía un obispo. Sin esos “chirimbolos” - como decía risueñamente él - me hubieran confundido con un seminarista”. Esa multicolor foto del Obispo era la que se repartía a la gente, como recuerdo. Hasta que una buena mujer pidió una diciendo: *“Me da un santito?”*, a lo que la señora que las repartía respondió: *“Este no es ningún santo, este es el Obispo”*. Con esta fulmínea catequesis las fotos pasaron al archivo, como tantas otras cosas. Don Jaime no era un iconoclasta. ¡Todo lo contrario! ¡Era un Pastor! Y especialmente de la gente sencilla. Lo que comunicaba la verdad del Reino, quedaba; lo que confundía, volaba. Lo demás era una estafa.

Y a semejanza de Jesús, predicador intinerante, comenzó a recorrer los pueblos de la diócesis (la única ciudad era la capital, Neuquén, con 12.000

habitantes; a las bodas de plata del Obispo - 1986 - tenía ya casi 150.000). "Don Jaime llegaba emperifollado con los paramentos morados, sobrepelliz, bonete y báculo a mano para las celebraciones. Era un obispo en tecnicolor. Su presencia impresionaba hasta al más ateo", recuerda simpáticamente el P. Juan San Sebastián. Iba como devorando pueblos. Se adaptaba a todos y a todo. Más de una vez lo hicieron entrar montado a caballo. Buen jinete desde niño, jugador de polo de joven, conscripto en caballería (Campo de Mayo), esas entradas eran olímpicas. Neuquén está sembrado del recuerdo de esas visitas.

En octubre de 1962 Don Jaime aparece en Roma. ¿Para qué? Juan XXIII, Juan el Bueno, había sorprendido convocando a todos los Obispos del mundo para un nuevo Concilio: el Vaticano 2°. Don Jaime siempre dijo y repitió que él había aprendido a ser Obispo y Pastor en el Concilio: *"sirvió de curso acelerado de preparación al ejercicio de Pastor"*. Volvió a Neuquén entusiasmado al ver la pujanza de la Iglesia. Encontró una iglesia joven, porque su Fundador, Cristo, novedad de vida, resucitó "joven".

Don Jaime pastor y profeta

Recorrido todo Neuquén comenzó a programar sus visitas pastorales. Neuquén son 92.000 kilómetros cuadrados, con escasos caminos asfaltados, llanura desértica y cordillera, pueblos dispersos y gente dispersa, clima muy variable de invierno a verano. Ante este panorama estaba Don Jaime. Dentro de este mundo se metió este Obispo *"apremiado por el amor de Cristo"*. Hasta que su enorme corazón estalló. Fue en 1969. A la vuelta de una gira por el norte neuquino. Se fue a la radio de la ciudad de Neuquén y leyó un alegato en defensa de los marginados del interior que resonó por todo el país.

"He regresado el sábado de una gira por el norte de la provincia en el ejercicio de mi Ministerio. He regresado acongojado, con el corazón conmovido y el alma llena de indignación ante tanta injusticia, maldad, explotación del humilde, e insensibilidad".

Me refiriré a lo que he visto y he oído. ¿Por qué lo hago? Porque Jesús nos dice "el lenguaje de ustedes sea al sí, sí y al no, no". Porque Jesús vino a salvar al mundo, fustigó a los que oprimían a su pueblo: a los mercaderes, al rey Herodes ("vayan a decirle a ese viejo zorro..."), a los hipócritas farisaicos que aparentaban, que presumían, que juzgaban a los demás y se aprovechaban de ellos. Y porque el Concilio, los Obispos de América Latina y los Obispos argentinos nos comprometen y urgen "al aporte de una denuncia firme de las situaciones de injusticia".

Y así por casi diez páginas, entrelazando versos de Martín Fierro, Don Jaime trazó cruda y apremiante realidad del pueblo explotado y prostituido en su dignidad.

Viene inevitablemente a la mente aquella página del Evangelio en que *"Jesús arrojó sobre ellos una mirada llena de indignación, apenado por la dureza de sus corazones"* (Mc 3,5)

Supo intervenir frente a los abusos de que eran objeto los obreros del Chocón (1969).

Con gestos bien claros mantuvo su independencia del poder político.

Abre las puertas a los migrantes chilenos, que huían del hambre y de la persecución, tras el golpe militar de Pinochet (1971).

Interviene valientemente cuando fueron apresados los maestros y el padre Antonio Mateos, sdb, en la Escuela "Mamá Margarita de Pampa del Malleo".

En 1976 su nombre estaba asociado ya al de *"defensor de los derechos humanos"*, asediado por miles de cartas de tanta gente desesperada que buscaba información y protección. Respondía de puño y letra. Es un capítulo enorme de su misión episcopal. ¡Cuántas vidas ha protegido!

Invitado a ser Presidente Honorario de la "Asamblea Permanente por los Derechos Humanos" (APDH), respondió en una pequeña escuela aceptando: *"todo lo que tenga que ver con la defensa del hombre me corresponde"*.

Firme fue la postura de Don Jaime contra una posible guerra entre hermanos (el problema limítrofe del Beagle).

Igualmente clara fue su posición en 1982 (la guerra por las Malvinas).

Denuncia ante los medios de difusión que el "accidente" en que perdió la vida su hermano en el episcopado, monseñor Enrique Angelelli, Obispo de La Rioja, fue provocado y fue un asesinato programado contra quien defendía a los pobres. Denuncia en conferencia de prensa durante el "Proceso" que se tiraban vivos al mar a los secuestrados - detenidos - desaparecidos. Apoya el juicio a los responsables de los crímenes de lesa humanidad. Reprueba cualquier bloqueo al ejercicio de la justicia y a sus consecuentes aplicaciones. Encabeza marchas de protestas que reivindicaban derechos inalienables. Cobija en su Catedral, repetidamente baleada, a quienes no le queda más espacio para reclamar que el templo.

Y en tanto que Don Jaime iba alentando la fe de las comunidades neuquinas, con su testimonio las iba educando a comprometerse y solidarizarse con todos, sin fronteras.

Obispo Ecuménico

“En la última Misa concelebrada, al cumplir los 80 años, el 29 de enero pasado, Don Jaime habló como si fuese su despedida. Sólo estábamos los curas y los seminaristas. Don Jaime se empezó a preguntar por qué la gente lo quería. Entonces dio un mensaje esclarecedor. Dijo que no había que quedarse cuidando el jardincito de alrededor de la casa y dejar la chacra llena de yuyos; porque corremos el peligro de ocuparnos sólo de la comunidad cristiana, tener una parroquia muy prolija, pero, abandonamos la chacra y no la cultivamos”. (P.San Sebastián, su secretario por años).

Don Jaime fue el Obispo de todos y de cada uno. A su muerte se acabó de revelar su inmenso corazón de Pastor en el testimonio del rabino judío que oró ante su cuerpo yacente, en los sentimientos de Aldo Etchegoyen, Obispo de la iglesia metodista, en las palabras de políticos de todas las tendencias, en el reconocimiento dolido de las Madres de Plaza de Mayo.... Frecuentemente Don Jaime recordaba la parábola del Buen Samaritano: todo hombre que se aproxima a los demás con amor es el verdadero prójimo. No era un puritano, era un “evangélico”, a semejanza de Jesús. “*Jesús en mala compañía*” es el título de un librito, en el que desfilan estafadores, prostitutas, extranjeros, impuros, infractores, endemoniados, todo ese mundo que la sociedad “religiosa” de aquel tiempo había marginado y estigmatizado. Con estos compartía Jesús la vida Don Jaime lo había entendido en forma absoluta.

“Obispo de los mapuches y de los pobres”

Muchos años antes que Juan Pablo II lo conceptualizara tan magistralmente en la “*Redemptor Hominis*”, ya para Don Jaime “el camino de la Iglesia era el hombre”. En el Concilio se le había confirmado en su corazón de Pastor que “las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo” eran las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de toda la Iglesia y por lo tanto de su corazón de Obispo.

Entre los grandes amores de Don Jaime contamos a los MAPUCHES y a los pobres. Cuánta gente de campo, mapuches o criollos del norte neuquino, recuerdan su paso sencillo y cordial. Con ellos compartía “la conversa”, el mate, las tortas fritas y el asado cuando había, pero también dividía sus sufrimientos, preocupaciones y luchas.

Amaba a los pobres con todo su ser. Los escuchaba para aprender de ellos, los comprendía porque los escuchaba con verdadero amor. Reaccionaba con firmeza cuando alguien los humillaba. Era el león que defiende a su cría, era el Pastor que cuidaba del “lobo” disfrazado de tantas maneras que atacaba a sus ovejas más débiles. Que este conciso recuerdo sea para poder exclamar: ¡”**Miren cómo los amaba!**”

Hombre alegre y optimista

Don Jaime tenía un humor fino y agudo, una alegría serena, un optimismo sano que nacía de su profunda fe en Dios.

La alegría es fruto de la acción del Espíritu Santo en nosotros si nos dejamos conducir por El. No depende de las circunstancias, favorables o no, de la vida. Está por encima de los vaivenes de nuestra existencia. Puede convivir con el dolor, la enfermedad, las pruebas, incertidumbres y angustias. La fe las transforma en gradas que acercan a Dios, fuente de alegrías íntimas, silenciosas, plenas de serenidad y paz. Junto al amor, es como el termómetro de la vida interior, vida de Cristo Resucitado en nosotros". Así les escribía a los cristianos de Neuquén en 1986. Y Don Jaime era eso que trasuntaba: *constante alegría, sentido del humor, confiado optimista*. Bromeó hasta los últimos minutos de su vida. En una de las últimas visitas que le hiciera el P.Capitanio, Don Jaime le preguntó pícaramente: *"¿Así que en Villa La Angostura le pusieron mi nombre a una calle? Decíme una cosa, che, ¿es de tierra o asfaltada?"*.

O como en otra ocasión: *"Che, hagan participar también al difunto"*, les dijo a Mons. Radrizzani y al P. San Sebastián, que hablaban bajo voz para no despertarlo. Cuando le preguntaban: *"Monseñor, ¿cómo está?"*, respondió: *"pidiendo pista..."* (allá en la eternidad).

Hombre de Dios

"Era Don Jaime un auténtico hombre de oración. Todo le servía para orar. Las dificultades y las alegrías, su tarea personal y su relación fraterna con sus hermanos... todo era materia de oración. Porque estaba compenetrado de ese Cristo encarnado, era muy fácil ver como en el curso de una conversación saltaba a la oración espontánea, sincera, auténtica. Una actitud normal en él, actitud que invitaba a orar a quien con él estaba.

Porque era hombre de oración, estaba a la escucha de la Palabra de Dios. Constantemente abría su corazón de Pastor a la Palabra del Padre. Su vieja y gastada Nueva Alianza que siempre tenía a mano -en su mesa de trabajo, en su cuarto, en su bolso de viaje, en el rancho pobre perdido en la cordillera o en el altar de la Catedral- hoy es testimonio elocuente de su amor insaciable hacia la Palabra. Marcas y señales, subrayados y notas ... hablan de esta herramienta tan utilizada para llenar su vida y anunciar la vida" (P. Rubén O. Capitanio).

Hombre de Iglesia

"Don Jaime fué también el hombre de la Iglesia. Nunca conocí a un hombre que amaba tanto a la Iglesia. La amaba de verdad, la amaba como es, no

la idealizaba y por eso trabajaba por mejorarla. Vivía una sincera comunión con el Papa. Su obediencia a Pedro era incondicional. Su comunión con Pedro era fundamentalmente su cariño al Sucesor de Pedro. Amaba al Papa y así lo testimoniaba cotidianamente. Esta misma comunión la vivía con sus hermanos Obispos y con su presbiterio. Para Don Jaime, participar de la Asamblea Episcopal era fundamental. Amaba entrañablemente a sus sacerdotes. Los quería como eran para poder ayudarlos a ser mejores". (P. Rubén O. Capitano).

"Don Jaime, podés ir en paz".

"Es la primera vez que veo un caso así - testimoniaba el director de la Clínica Pasteur, donde Don Jaime vivió sus últimos días - que una persona se mantenga con esa fortaleza, esa valentía y esa lucidez."

Es casi profanatorio intentar hablar de los sentimientos desatados en miles de corazones al anuncio de que Don Jaime de Nevares, a la madrugada del 19 de mayo, había muerto. Es algo que experimentamos envueltos en una luminosidad pudorosa. Sólo nos atrevemos a mirar y a escuchar imágenes y palabras de un pueblo dolido, de entrañables amigos - obispos, políticos, sacerdotes, gobernantes- de tanta juventud consternada.

"Esclarecido profeta y evangelizador experimentado, sabía, con sabiduría del espíritu, que la Fe en Jesús pasa en forma irrestricta por la defensa de los derechos humanos. No se puede creer en el Señor de la vida si no se defiende la vida, si no se lucha por la vida, si no se entrega la vida. Hombre, en primer lugar, amigo siempre y pastor amoroso de su pueblo" (Monseñor M. Hesayne).

"Una emoción muy grande de despedir a alguien cuya trayectoria me enseña a ser obispo" (Monseñor J. C. Maccarone).

"De Nevares ha sido un gran sacerdote y un gran Obispo. Un sacerdote que ha dedicado su vida a Dios. Su accionar se dió como consecuencia de su ser" (Nuncio Apostólico, U. Calabresi).

"Una figura absolutamente singular dentro del Episcopado argentino. Un gran maestro en la defensa de los derechos humanos. Tenía una lucidez que era un gozo escucharlo" (Monseñor J. Laguna).

"Un hombre muy inteligente y muy agudo, que estuvo muy cerca de la gente humilde y de la gente pobre. Siempre fue un hombre muy comprometido" (Monseñor R. Frassia).

De Nevares, por treinta años, gobernó la iglesia de Neuquén y le dió una impronta muy particular, la que estuvo dada en su accionar por la pobreza, los enfermos y los mapuches" (Monseñor J. P. Pozzi).

“Admiro las ideas claras que tenía De Nevares para pastorear a los fieles, en especial a los más pobres y a los mapuches que lo querían con locura” (Monseñor J. Novak).

“Don Jaime ha sido para mí, un Padre y un Maestro. Padre y Amigo, como lo ha sido de todos. Como buen salesiano su prioridad absoluta eran las personas («Da mihi animas»). Lo dejaba todo para atendernos, escucharnos, aconsejarnos, animarnos. Sabíamos todos, especialmente los sacerdotes, que lo encontraríamos siempre que lo buscáramos. No lo podré olvidar nunca: «Estuve preso y me visitó». Y fué un gran Maestro: del vivir y del morir. Su presencia se multiplicaba en forma increíble, era siempre una lección de vida ... Pero para mí su gran lección, fue su muerte: nos enseñó a morir” (P. Antonio Mateos sdb).

El colegio Don Bosco de Neuquén, San José Obrero y Talleres Don Bosco de Zapala deben su existencia al apoyo incondicional de Mons. Nevares quien tuvo siempre una especial preocupación educativa en favor de los jóvenes pobres de los barrios. “El primer taller que se levantó en el San José Obrero fue donación personal del Obispo Jaime” (Juan Gregui sdb).

Las apreciaciones y testimonios podrían continuar llenando páginas y páginas. No es el caso de hacerlo aquí.

El gran secreto de Don Jaime: “El amor de Cristo nos apremia”

Ciertamente Don Jaime era un hombre extraordinario, humanamente dotado de dones envidiables... pero eso no explica todo, o mejor, no aclara nada. Luego de espigar brevemente algunos rasgos de su personalidad, leer algunos testimonios y escuchar muchos otros surgen una serie de preguntas:

- ¿Cómo pudo un doctor en Derecho volver a ser niño en Fortín Mercedes?
- ¿Cómo pudo un hombre rico, “pituquito”... ser pobre y humilde?
- ¿De dónde le nacía la fuerza profética, el coraje y la capacidad de riesgo?
- ¿De dónde le nacía esa serenidad y alegría contagiosa?
- ¿Quién encendía en amor por los pobres y los sufrientes su corazón de pastor?
- ¿Quién le daba esperanza y humor aún frente a la muerte?
- ¿Qué es lo que lo movía a ser fiel al Evangelio, hasta las últimas consecuencias?
- ¿Cuál es la respuesta a tantos interrogantes?

El profundo amor al pobre, al hermano, al hombre... nace del hondo amor a Dios y a la Iglesia. ¡El obispo Jaime no se llenaba la boca de frases bellas; no era un fariseo inventor de gestos vacíos!

El secreto profundo y fecundo de la vida de Don Jaime, la raíz de donde nacía esta avasalladora personalidad de hombre y de pastor era el **“Amor de Cristo”**. Ese amor que lo hacía vivir a lo Cristo: soberanamente libre en el

servicio del Reino de Dios, inquebrantablemente coherente en el anuncio del Evangelio, entrañablemente fiel a la Iglesia y al Vicario de Cristo, tiernamente sensible ante todo dolor humano, proféticamente airado frente a los profanadores de la dignidad humana, sacramento entregado por la vida, por la justicia y la verdad, por el derecho y la paz, indiscriminadamente abierto a todo ser humano, filialmente contemplativo de rodillas ante el Padre. Realmente calcando las huellas de Cristo. Del Cristo de los Evangelios. Del Cristo sin rebajas o en versiones de salón. Del Cristo sin maquillajes para atontar conciencias remordidas. Del Cristo que no vino para hacernos a todos ricos ni a todos pobres. sino que vino para hacernos a todos dignos. **Del Cristo “sí” “sí”, “no” “no”.**

El Obispo Jaime VIVE!

El masivo consenso que desde los ángulos más variados y hasta contrarios, recogió Don Jaime, a su muerte, como defensor incorruptible de la dignidad humana, es el signo más evidente de su diamantina consagración evangélica a los pobres, marginados, profanados.

Murió sin rencores, amando a todos; pero, eso sí: sin negociar con “carne humana”, porque es la carne del Dios hecho hombre, porque es la “carne” imagen de Dios, especialmente si esa “carne” es pobre. ¡Qué bien le cuadran a Don Jaime aquellas palabras del Evangelio: “Maestro, sabemos que eres sincero y no tienes en cuenta la condición de las personas, porque no te fijas en la categoría de nadie, sino que enseñas con toda fidelidad el camino de Dios” (Mateo 12,14).

Murió pero VIVE! “Don Jaime vive en Dios y vive en el pueblo, porque el Señor vive entre la gente. Hace apenas dos días, una viejecita mapuche de nuestra zona me decía: estuve en Neuquén por unos trámites. Estuve con el Obispo (inmediatamente pensé: está equivocada porque Don Agustín estaba ausente de la ciudad en estos días, pero no dije nada y seguí escuchando...), estuve en su tumba, recé CON él, y me vine muy contenta porque hacía rato que quería visitarlo” {textual} (P. Rubén Capitanio).

“Jaime, nos vemos mañana” - le dijo esa noche que sería la última de su vida, al despedirse Mons. Agustín Radrizzani - “Si Dios quiere” contestó Don Jaime. Y Dios quiso que esa mañana fuera su “mañana” eterna, **“la Pascua de Don Jaime”**, el amanecer de su definitiva resurrección. Esa “mañana” que también era la nuestra, vivida en la esperanza.

P. Rubén Hipperdinger
Inspector ABB

P.S.: Agradezco al P. Benito A. Santecchia y al P. Rubén O. Capitanio la gentileza de haberme permitido usar libremente de sus escritos.

Datos para el Necrologio: Mons. Jaime Francisco de Nevares. Nació en Buenos Aires el 29 de enero de 1915. Falleció en Neuquén el 19 de mayo de 1995 a los 80 años de edad. Primer Obispo de Neuquén fue su Pastor por 30 años.